

## “LA FIGURA DE MUSGO”

4º- 6º

En nuestra habitación, junto a la pared del horno enlucida con barro gris, había un taburete de roble, año tras año. Siempre parecía liso y limpio, pues se fregaba, como los demás muebles de la habitación, todos los sábados con arena fina de arroyo y un manojo de paja. En primavera, verano y otoño, este taburete permanecía vacío y solitario en su rincón, sólo que cada día, al anochecer, mi abuela lo acercaba un poco, se arrodillaba sobre él y rezaba su oración de la noche. También los sábados, cuando mi padre dirigía la devoción vespertina en la mesa, mi abuela se arrodillaba en el taburete.

Pero cuando llegaba el final del otoño con sus largas tardes, durante las cuales los mozos en la habitación tallaban astillas de tea, y las criadas, así como mi madre y mi abuela, hilaban lana y lino, y cuando llegaba el **Adviento**, época en que en esas veladas de astillas e hilado se contaban viejos cuentos y se cantaban canciones religiosas, entonces yo me sentaba constantemente en el taburete, junto al horno.

Desde ahí escuchaba las historias y los cantos, y cuando se volvían espeluznantes y mi pequeña alma comenzaba a inquietarse y a temer, acercaba el taburete más hacia mi madre y empezaba a asirme ansioso de su vestido, y ya no podía entender cómo los demás aún podían reírse de mí o de sus historias terroríficas. Por último, cuando llegaba la hora de dormir y mi madre sacaba mi camita, ya no quería meterme solo en la cama, y tenía que estar mi abuela a mi lado hasta que las imágenes aterradoras se desvanecían en mí y finalmente me dormía. Pero las largas noches de Adviento eran siempre muy cortas en nuestra casa. Poco después de las dos de la mañana empezaba la inquietud en la casa. Arriba, en el desván, se oía a los mozos vestirse y moverse, y en la cocina las criadas partían astillas y avivaban el fuego de la cocina. Luego todos se dirigían a la era para trillar.

Mi madre también se había levantado y había encendido luz en la habitación; poco después se levantó mi padre, y se pusieron ropa que no era del todo para días laborables y tampoco del todo para días festivos. Luego mi madre le dijo unas palabras a la abuela, que estaba en la cama, y aunque yo, despertado por la agitación, hiciera algún comentario, ella solo me respondía:

*-“¡Tú estate muy calladito y duerme!”*

Luego mis padres encendieron una linterna, apagaron la luz de la habitación y salieron de la casa. Aún oí cerrarse la puerta exterior, y vi en las ventanas el destello de la luz pasar fugazmente, y oí el crujido de los pasos en la nieve, y aún oí el sonar del perro de la cadena. Luego se hizo de nuevo el silencio, sólo se oía el sordo y regular golpear de los trilladores. Entonces me volví a dormir.

Mi padre y mi madre iban a la iglesia parroquial, a casi tres horas de distancia, a la misa de madrugada. Soñaba que les seguía, oía las campanas de la iglesia, oía el sonido del órgano y el canto de Adviento:

*-¡Dios te salve, María, amada estrella de la mañana!"*

Y veía las luces del altar mayor, y los angelitos que estaban sobre él desplegaban sus alas doradas y volaban por la iglesia, y uno de ellos, el que estaba con la trompeta sobre el púlpito, salía hacia los paganos y hacia los bosques y lo tocaba por todo el mundo, anunciando que la llegada del Salvador estaba cerca.

Cuando desperté, el sol llevaba mucho tiempo entrando por las ventanas, y afuera la nieve relucía y brillaba, y mi madre volvía a andar por la habitación, vestida con ropa de diario, y hacía tareas domésticas. La cama de mi abuela, junto a la mía, ya estaba también hecha, y mi abuela venía ahora de la cocina y me ayudaba a ponerme los calzones y me lavaba la cara con agua fría, de modo que, por sensibilidad, lloraba y reía al mismo tiempo. Cuando esto sucedió, me arrodillé en mi taburete, recé con mi abuela la bendición de la mañana:

*En el nombre de Dios levantarse,  
hacia Dios ir,  
hacia Dios caminar,  
al Padre celestial rogar  
que nos conceda tres queridos angelitos:  
el primero, que nos guía,  
el segundo, que nos alimenta,  
el tercero, que nos protege y guarda,  
para que a cuerpo y alma nada les ocurra.*

Tras esta devoción, recibí mi sopa de la mañana, y después de ella mi abuela llegó con un cubo de nabos, que teníamos que pelar juntos. Yo me sentaba en mi taburete. Pero con el pelado de los nabos nunca podía satisfacer por completo a mi abuela; yo siempre cortaba una corteza demasiado gruesa, aunque en algunos lugares la dejaba completamente en el nabo. Si me cortaba en el dedo y empezaba a llorar inmediatamente, mi abuela siempre decía, muy irritada:

*-"Contigo es sin duda una verdadera cruz, ¡habría que echarte a la nieve!"*

Mientras tanto, me vendaba la herida con un cuidado y un amor indescriptibles.

Así transcurrían los días de Adviento, y yo y la abuela hablábamos cada vez más a menudo de la Navidad y del Niño Jesús, que pronto vendría a los Hombres.

Cuanto más nos acercábamos a la fiesta, más inquietud reinaba en la casa. Los mozos sacaban el ganado del establo, ponían paja fresca y arreglaban los barrotes y los pesebres: el muchacho del establo cepillaba a los bueyes para que tuvieran un aspecto lustroso; el mozo del forraje mezclaba más heno con la paja de lo habitual y preparaba de ello todo un montón en la despensa. La lechera hacía lo mismo. La trilla había cesado ya unos días antes, porque creían que con el ruido profanarían las próximas fiestas.

En toda la casa se lavaba y fregaba. Incluso en la habitación entraban las criadas con sus cubos de agua, sus escobas de paja y sus cepillos. Yo siempre me alegraba mucho de este lavado porque me gustaba ver cómo todo quedaba patas arriba, y porque las imágenes de cristal en el

rincón de la mesa, el reloj de cuco de la Selva Negra con su campanilla de metal y otras cosas que de otro modo solo veía desde lejos, eran bajadas y acercadas para mí, de modo que podía examinarlo todo con mucho más detalle y desde varios lados. Claro que no me permitían tocar esas cosas, porque aún era demasiado torpe e imprudente para ello y podía dañar fácilmente los objetos. Pero sí había momentos en los que, absorta en el fervoroso lavado y fregado, no me hacían caso.

En uno de esos momentos, una vez, trepé del taburete al banco y del banco a la mesa que había sido movida de su posición habitual y sobre la que estaba el reloj de cuco. Me puse a manos con el reloj, del cual colgaban los pesos sobre la mesa, miré a través de una puertecita lateral abierta hacia el mecanismo de latón cubierto de polvo, di algunos toquitos a las pequeñas aspas del molinillo de viento y, por último, puse yo mismo los dedos en la ruedecita, para ver si no funcionaba; y no funcionaba. Finalmente, también moví un poco una varilla de madera, y cuando hice eso, el mecanismo empezó a traquetear de forma terrible. Algunas ruedas giraban lentamente, otras más rápido, y el molinillo de viento volaba de tal modo que apenas se podía ver. Estaba indescriptiblemente asustado, rodé de la mesa sobre el banco y el taburete hasta el suelo húmedo y sucio; entonces mi madre me agarró por el pantalón, y la "vara de abedul" estaba ahí. El traqueteo del reloj no quería parar, y al final mi madre me cogió con ambas manos, me llevó al vestíbulo, me empujó por la puerta hacia la nieve y cerró la puerta tras de mí. Yo permanecí como aniquilado, oía desde dentro el quejido de mi madre, a quien debía haber ofendido mucho, y oía el fregar y las risas de las chicas, y seguía oyendo el traqueteo del reloj.

Después de estar un rato allí de pie y sollozar, y como no venía nadie a llamarme de vuelta a la casa, me alejé por el sendero que estaba marcado en la nieve y caminé a través del patio de la casa y del campo hacia el bosque. No sabía adónde quería ir, solo me imaginaba que me habían hecho una gran injusticia y que ya no podría volver a la casa.

Pero aún no había llegado al bosque, cuando oí un silbido estridente detrás de mí. Era el silbido de mi abuela, como cuando se ponía dos dedos en la boca, afilaba la lengua y soplabla:

*"¿Adónde quieres ir, niño tonto?", gritó, "espera, si quieres andar así por el bosque, ya te atraparé la "La Figura de Musgo", ¡solo espera!"*

Ante estas palabras, me volví al instante, porque le tenía un miedo indecible a "La Figura".

Pero aún no entré en la casa, me quedé en el patio, donde mi padre y dos mozos estaban justo sacando un cerdo del establo para sacrificarlo. Con el grito desgarrador del animal y con la sangre, que ahora veía y que una criada recogía en una olla, olvidé lo sucedido, y cuando mi padre despellejaba al cerdo en el vestíbulo, yo ya estaba allí de pie sujetando los flecos de la piel, que él iba separando cada vez más y más de la carne grasienta con un gran cuchillo. Más tarde, cuando sacaron las entrañas y mi madre echó agua en la palangana, me dijo:

*"¡Vete, que te salpicas todo!"*

De estas palabras deduje que mi madre se había reconciliado conmigo, y entonces todo estaba bien, y cuando volví a la habitación para calentarme un poco, todo estaba en su lugar habitual. El

suelo y las paredes aún estaban húmedos, pero limpios y fregados, y el reloj de la Selva Negra colgaba de nuevo en la pared y tic taqueaba. Y tic taqueaba mucho más fuerte y claro a través de la habitación recién arreglada.

Finalmente, el lavado, fregado y alisado llegó a su fin, la casa se volvió más tranquila, casi silenciosa, y llegó **la Nochebuena**. El almuerzo de Nochebuena no se tomaba en la habitación, sino en la cocina, donde se usaba la mesa de amasar como mesa y todos se sentaban alrededor y se comía la sencilla comida de ayuno en silencio, pero con ánimo elevado.

La mesa en la habitación estaba cubierta con un mantel blanco como la nieve, y delante de la mesa estaba mi taburete, en el cual, al atardecer, cuando caía el crepúsculo, mi abuela se arrodillaba y rezaba en silencio.

Las criadas iban sigilosas por la casa y preparaban sus vestidos de fiesta, y mi madre ponía trozos de carne en una gran olla, echaba agua y los colocaba junto al fuego de la cocina. Yo rondaba por la habitación de puntillas y no oía nada más que el alegre crepitar del fuego en la cocina. Miraba mis pantalones de los domingos, la chaquetita y el sombrero de fieltro negro, que ya colgaban de un clavo en la pared, y luego miraba por la ventana hacia la oscuridad que caía afuera. Si no había un tiempo tormentoso, por la noche podía ir a la iglesia con el capataz. Y el tiempo estaba tranquilo, y tampoco haría demasiado frío, como decía mi padre, porque había niebla en las montañas.

Inmediatamente antes del "*dar el humo*", en el cual, según la antigua costumbre, se bendice la casa y el corral con agua bendita e incienso, mi padre y mi madre tuvieron una pequeña disputa. "*La Figura de Musgo*" había estado allí, había deseado felices fiestas, y mi madre le había regalado un trozo de carne para la festividad. Por eso mi padre estaba un poco molesto; él solía ser amigo de los pobres y no pocas veces les daba más de lo que nuestras circunstancias permitían, pero en su opinión no se le debía dar limosna a "*La Figura de Musgo*".

Ésta era una mujer que no pertenecía en absoluto a la zona, que andaba sin permiso por los bosques recogiendo musgo y raíces, que hacía fuego y dormía en cabañas de carboneros medio derruidas. Además, iba mendigando a las granjas, quería vender musgo, y como no hacía negocios, lloraba y maldecía la vida. Los niños a los que miraba, le tenían un miedo horrible, y muchos incluso enfermaban; a las vacas les hacía que dieran leche roja.

A quien le hacía una buena acción, lo perseguía unos minutos y le decía:

*"Que Dios te lo pague mil veces hasta el cielo arriba".*

Pero a quien la ridiculizaba o la insultaba de alguna otra manera, le decía:

*"¡Te rezo hasta el infierno más profundo!"*

"*La Figura de Musgo*" venía a menudo a nuestra casa y le gustaba sentarse frente a ella sobre el césped verde o en la traviesa del saltadero de la cerca (*el paso para saltar la cerca*), a pesar del furioso ladrar y sonar de nuestro perro de cadena, que se mostraba especialmente indómito contra esta mujer. Pero ella se sentaba tanto tiempo frente a la casa, hasta que mi madre le

llevaba un cuenco de leche o un trozo de pan o ambas cosas. A mi madre le gustaba que la mujer le deseara con un *"que Dios te lo pague mil veces hasta el cielo arriba"*. Mi padre no daba valor al deseo de esta persona, ya fuera una bendición o una maldición.

Cuando años atrás se había construido la escuela en el pueblo, esta mujer había venido a la zona con su marido y había ayudado, hasta que un día el marido murió en una explosión de piedras. Desde entonces, ella ya no trabajaba, y tampoco se marchaba, sino que vagaba sin que nadie supiera qué hacía ni qué quería. No había manera de que volviera a trabajar; parecía estar trastornada.

El juez ya había expulsado a *"La Figura de Musgo"* de la comunidad varias veces, pero ella siempre había vuelto.

*"No habría vuelto siempre", dijo mi padre, "si no recibiera limosna en esta zona. Así se quedará aquí, y cuando sea vieja y esté enferma, también tendremos que cuidarla y mantenerla; esa es una cruz que nos hemos atado nosotros mismos al cuello"*.

Mi madre no decía nada a tales palabras, sino que cuando venía la mujer siempre le daba la limosna acostumbrada, y hoy un poco más, en honor de la gran fiesta.

Por eso era la pequeña disputa entre padre y madre, que sin embargo cesó en el acto cuando dos mozos entraron en la casa con el recipiente para el humo y el agua bendita.

Después del sahumerio (*hedor*), mi padre puso una vela encendida sobre la mesa; hoy solo se podían encender astillas en la cocina. La cena se tomaba de nuevo en la habitación. El capataz contaba durante la misma historias maravillosas.

Después de la cena, mi madre cantó un villancico. Por mucho que yo disfrutara escuchando esas canciones, hoy solo pensaba en ir a la iglesia, y quería ponerme sin falta mi trajecito de domingo. Me decían que aún era temprano para eso, pero al final mi abuela cedió a mis súplicas y me vistió. El mozo del establo se vistió con mucho cuidado con su traje de fiesta, porque después de la misa de medianoche no quería volver a casa, sino esperar la mañana en el pueblo.

Hacia las nueve, también los demás mozos y criadas estaban listos y encendieron una mecha de astilla en la luz de la vela. Yo me agarraba al capataz, y mis padres y mi abuela, que se quedaban en casa para cuidarla, me rociaron con agua bendita y dijeron que no me cayera ni me congelara.

Luego nos fuimos. Estaba muy oscuro, y la mecha, que llevaba adelante el mozo del establo, proyectaba su luz roja en un gran círculo sobre la nieve y sobre la cerca y sobre los montones de piedras y los árboles por los que pasábamos. A mí me parecía que esta luz roja, que además se quebraba por las grandes sombras de nuestras figuras, me resultaba espantosa, y me agarraba con mucha ansiedad al capataz, de modo que este una vez dijo:

*"Pero oye, a mi chaqueta tienes que dejármela, ¿qué haría yo si me la arrancas?"*

El sendero fue por un tiempo muy estrecho, de modo que teníamos que ir en fila, y yo solo estaba contento de no ser el último, porque imaginaba que este debía estar expuesto a peligros infinitos por culpa de los fantasmas.

Soplaba un aire cortante, y las astillas incandescentes de la mecha volaban lejos, e incluso cuando caían sobre la dura costra de nieve, seguían ardiendo un rato.

Hasta ahora habíamos bajado por los claros y a través de matorrales y bosques, ahora llegábamos a un arroyo, que yo conocía muy bien, fluía a través del prado donde hacíamos el heno en verano. En verano este arroyo bramaba mucho, pero hoy solo se le oía murmurar y gorjear, porque estaba congelado. También pasamos por un molino, que me asustó mucho, porque algunas chispas volaron al tejado; pero sobre el arroyo había nieve, y las chispas se apagaron. Después de caminar un rato por el valle, dejamos el arroyo, y el camino subía a través de un bosque oscuro, donde la nieve estaba muy suelta y no tenía una costra tan dura como en los claros.

Finalmente llegamos a una carretera ancha, donde podíamos caminar uno al lado del otro y donde de vez en cuando oíamos el repique de un trineo. Al mozo del establo ya se le había consumido la mecha hasta la mano, y ahora encendió una nueva que llevaba de reserva. En la carretera se veían ahora también varias otras luces, grandes antorchas rojas que ardían acercándose, como si nadaran en el aire negro, y detrás de las cuales iban apareciendo poco a poco un rostro y varios rostros, de feligreses que ahora se unían también a nosotros. Y veíamos luces de otras montañas y alturas, aún tan lejanas que no podíamos distinguir si estaban quietas o se movían.

Así seguimos caminando. La nieve crujía bajo nuestros pies, y donde el viento la había arrastrado, el punto negro del suelo desnudo era tan duro que nuestros zapatos sonaban en él. La gente hablaba y reía mucho, pero a mí me parecía que eso no estaba bien en la sagrada Nochebuena; yo solo pensaba siempre ya en la iglesia y en cómo sería eso, cuando a media noche hubiera música y una misa mayor.

Después de haber andado un buen rato por la carretera, y tras pasar junto a árboles y casas sueltas y luego de nuevo por campos y a través de un bosque, oí de repente en las copas de los árboles un leve tañido. Cuando quise escuchar, no pude, pero poco después lo oí de nuevo y más claro que la primera vez. Era el sonido de la campanita de la torre de la iglesia. Las luces que veíamos ahora en las montañas y en el valle se hacían cada vez más frecuentes, y ahora notábamos también que todas se dirigían apresuradamente hacia la iglesia. También las pequeñas, tranquilas estrellas de las linternas flotaban acercándose, y en la carretera se volvía cada vez más animado.

La campanita fue sustituida por otra más grande, y esta tocó hasta que estuvimos casi cerca de la iglesia. Así que era verdad, como había dicho mi abuela: a medianoche empiezan a tocar las campanas y tocan hasta que el último habitante de las cabañas de los valles lejanos llega a la iglesia.

La iglesia está en una colina cubierta de abedules y abetos, y a su alrededor se extiende el pequeño cementerio, que está rodeado por un muro bajo. Las pocas casas están en el valle.

Ahora sonaba en la torre, en un lento y uniforme balanceo, la gran campana. Desde las estrechas y altas ventanas de la iglesia caía una luz brillante. Yo quería entrar en la iglesia, pero el capataz dijo que aún había tiempo, y se detuvo y habló y rió con otros muchachos y se llenó una pipa.

Ahora repicaban todas las campanas juntas, en la iglesia empezaba a sonar el órgano, y entonces entramos.

Eso tenía un aspecto muy diferente a los domingos. Las luces que ardían en el altar eran estrellas brillantes, blancas y centelleantes, y el sagrario dorado resplandecía magníficamente. La lámpara de *la Luz Eterna* era roja. La parte superior de la iglesia estaba tan oscura que no se podían ver los hermosos adornos de la nave. Las figuras oscuras de las personas estaban sentadas en los bancos o de pie junto a ellos; las mujeres estaban muy envueltas en pañuelos y tosían. Muchas seguían teniendo velas encendidas frente a ellas y cantaban desde sus libros, cuando en el coro resonaba el "*Te Deum*".

El capataz me condujo a través de las dos filas de bancos hacia un altar lateral, donde ya había varias personas. Allí me levantó sobre un taburete hacia una vitrina de cristal, que, iluminada por dos velas, se encontraba entre dos puntas de abeto clavadas y que yo antes, cuando iba a la iglesia con mis padres, nunca había visto. Cuando el capataz me subió al taburete, me dijo al oído en voz baja:

*"Así, ahora puedes mirar el Belén".*

Luego me dejó allí, y yo miré a través del cristal. Entonces una mujercita se acercó a mí y dijo en voz baja:

*"Sí, niño, si quieres mirar eso, alguien también debe explicártelo".* Y me explicó las pequeñas figuras.

Yo miraba las cosas. Aparte de la Virgen María, que se había cubierto la cabeza con un paño azul que le llegaba hasta los pies, todas las figuras que representaban a humanos estaban vestidas como nuestros mozos o como campesinos mayores. El mismo san José llevaba medias verdes y unos cortos pantalones de ante de gamuza.

Cuando terminó el *Te Deum*, volvió el capataz, me bajó del taburete, y nos sentamos en un banco. Luego el sacristán dio la vuelta y encendió todas las velas que había en la iglesia, y cada persona, también el capataz, sacó ahora una velita de la bolsa y la encendió y la pegó frente a sí en el atril. Ahora estaba tan claro en la iglesia que también se podían ver con detalle los muchos y hermosos adornos del techo. En el coro afinaban violines, trompetas y timbales, y cuando en la puerta de la sacristía sonó la campanita y el párroco, con vestiduras relucientes, acompañado por monaguillos y portadores de lámparas con mantos rojos, se dirigió por la alfombra purpúrea hacia el altar, entonces rugió el órgano en todo su esplendor, entonces redoblaron los timbales y resonaron las trompetas.

El incienso subía y envolvía todo el altar mayor, radiante de luces, en un velo.

Así comenzó la misa mayor, y así resplandecía y sonaba y resonaba a medianoche. Durante el ofertorio, todos los instrumentos callaban, solo dos voces claras cantaban un dulce villancico, y

durante el *Benedictus* una clarinete y dos fiscornos entonaban lentamente y en voz baja una nana. Durante el *Evangelio* y la consagración se oía en el coro el canto del cuco y del ruiseñor como en plena primavera soleada.

Profundamente grabe en mi alma la maravillosa gloria de la Nochebuena, pero no prorrumpí en júbilo de deleite, me quedé serio, tranquilo, sentí *la consagración*.

Pero mientras sonaba la música, pensaba en mi padre y mi madre en casa. Ahora están arrodillados alrededor de la mesa junto a la única lucecita de vela y rezan, o incluso duermen, y está oscuro en la habitación, y solo el reloj anda, por lo demás hay silencio, y una profunda calma se extiende sobre las montañas boscosas, y la Nochebuena se extiende sobre todo el mundo.

Cuando finalmente la misa se acercaba a su fin, se apagaron poco a poco las velitas de los bancos, y el sacristán volvió a dar la vuelta y con su gorrito de hojalata fue apagando las luces en las paredes, las imágenes y los altares. Las del altar mayor seguían encendidas, cuando en el coro sonó el último alegre pasodoble festivo y la gente se apretaba para salir de la iglesia perfumada con el aroma del incienso.

Cuando salimos al exterior, a pesar de la densa niebla que había descendido de las montañas, ya no estaba tan oscuro como antes de medianoche. Debía de haber salido la luna; ya no se encendían antorchas. Sonó la una, pero el maestro ya tocaba la campana de la mañana de Navidad.

Eché una última mirada a las ventanas de la iglesia; todo el esplendor festivo se había apagado, solo veía ya el tenue resplandor rojizo de la *Luz Eterna*.

Cuando quise volver a agarrarme a la chaqueta del capataz, el mozo ya no estaba, había algunas personas desconocidas a mi alrededor, que hablaban entre sí y emprendieron de inmediato el camino de regreso a casa. Mi acompañante debía de haberme adelantado; corrí tras él, corrí rápido y pasé junto a varias personas, para alcanzarlo pronto. Corrí todo lo que mis pequeños pies podían, atravesé el bosque oscuro, y crucé campos, sobre los cuales soplaban un viento cortante, de modo que, por muy caliente que estuviera por lo demás, apenas sentía la nariz y las orejas. Pasé junto a casas y grupos de árboles, la gente que antes aún caminaba por la carretera se dispersaba poco a poco, y yo estaba solo, y todavía no había alcanzado al capataz. Pensé que él también podría estar detrás de mí, pero decidí apresurarme directamente a casa. En la carretera había aquí y allá puntos negros: las brasas de las antorchas de astilla que la gente había sacudido en el camino a la iglesia. Los matorrales y arbustos que estaban junto al camino y emergían inquietantes de la niebla, decidí no mirarlos siquiera, les tenía miedo. Especialmente miedo tenía siempre que un sendero cruzaba la carretera, porque era una encrucijada, en la que en Nochebuena suele estar el diablo y tiene tesoros sonantes, para tentar así a pobres criaturas humanas. El mozo del establo había dicho, es cierto, que no creía en eso, pero sin embargo debía de haber cosas así, de lo contrario la gente no podría hablar tanto de ello.

Estaba excitado, dirigía mis ojos a todos lados, por si en algún sitio se me acercaba un fantasma. Finalmente me propuse no pensar más en esas cosas, pero cuanto más firmemente lo decidía, más pensaba en ellas.

Ahora había llegado al sendero que debía llevarme desde la carretera hacia abajo a través del bosque y al valle. Me desvié y me apresuré bajo los árboles de largas ramas. Las copas crujían fuertemente, y de vez en cuando caía un trozo de nieve junto a mí. En algunos lugares estaba tan oscuro que apenas veía los troncos, si no era chocando contra ellos, y que perdía el sendero. Esto último me daba bastante igual, porque la nieve estaba muy suelta, también al principio el suelo era bastante liso; pero poco a poco empezó a hacerse cada vez más empinado, bajo la nieve había mucho matorral y brezo alto. Los troncos de los árboles ya no estaban tan ordenados, sino dispersos, algunos con las raíces arrancadas apoyados en otros, algunos tumbados en el suelo con ramas que se alzaban salvajes y enmarañadas. Eso no lo había visto cuando subíamos. A menudo apenas podía avanzar, tenía que abrirme paso a través del matorral y las ramas. A menudo la nieve se hundía, el rígido brezo me llegaba hasta el pecho. Me di cuenta de que había perdido el camino correcto, pero una vez que estuviera en el valle y en el arroyo, entonces lo seguiría río arriba, y entonces finalmente tendría que llegar al molino y a nuestro prado.

Las placas de nieve caían en mi pequeña chaqueta, la nieve se acumulaba en los pantalones y las medias, y el agua me corría hacia los zapatos. Primero me había cansado por trepar por la pendiente y arrastrarme por el matorral, pero ahora el cansancio también había desaparecido; no prestaba atención a la nieve, y no prestaba atención al brezo y al matorral, que a menudo me azotaba con rudeza en la cara, sino que me apresuraba más. A menudo caía al suelo, pero me levantaba rápidamente. También todo miedo a los fantasmas había desaparecido; no pensaba en nada más que en el valle y en nuestra casa. No sabía cuánto tiempo me había estado abriendo paso así por el páramo, pero me sentía fuerte y lleno de vida, el miedo me impulsaba hacia adelante.

De repente me encontré ante un abismo. En el abismo yacía niebla gris, de la cual emergían algunas copas de árboles. A mi alrededor el bosque se había aclarado, por encima de mí estaba despejado, y en el cielo había media luna. Frente a mí y más al fondo no había nada más que extrañas montañas cónicas.

Abajo en la profundidad debía estar el valle con el molino; me parecía oír el bramido del arroyo, pero era el rumor del viento en los bosques del otro lado. Fui a derecha e izquierda y busqué un sendero que me llevara hacia abajo, y encontré un lugar en el que creí poder bajar a través de grava, que yacía libre de nieve, y a través de matorrales de enebro. Lo logré también un trecho, pero todavía a tiempo me aferré a una raíz, casi me habría despeñado por un paredón vertical. Ya no podía avanzar. Me dejé caer al suelo, agotado. En la profundidad yacía la niebla con las negras copas de los árboles. Aparte del rumor del viento en los bosques, no oía nada. No sabía dónde estaba. Si ahora viniera un ciervo, lo llevaría para que me mostrara el camino, ¡quizá él pudiera indicármelo, pues en Nochebuena los animales hablan lengua humana!

Me levanté para trepar de nuevo hacia arriba; aflojé la sensación y no avanzaba. Me dolían manos y pies. Ahora me quedé quieto y grité, tan fuerte como pude, llamando al capataz. Mi voz resonaba, larga e indistinta, desde los bosques y las paredes.

Luego no oí nada más que el rumor del viento. El frío me cortaba los miembros.

Una vez más grité con todas mis fuerzas el nombre del capataz. De nuevo nada más que el eco prolongado. Entonces me invadió un miedo terrible. Grité rápidamente, uno tras otro, los nombres de mis padres, mi abuela, todos los mozos y criadas de nuestra casa. Fue en vano. Entonces empecé a llorar lastimosamente.

Tembloroso, permanecí allí, y mi cuerpo proyectaba una larga sombra inclinada hacia abajo sobre la desnuda roca. Anduve de un lado a otro junto a la pared para calentarme un poco, recé en voz alta al Niño Jesús para que me rescatara.

La luna estaba alta en el oscuro cielo.

Ya no podía llorar ni rezar, apenas podía moverme, me acurruqué temblando junto a una roca y pensé: Ahora quiero dormir, todo esto es solo un sueño, y cuando despierte, estaré en casa o en el cielo.

Entonces oí de repente un crujido sobre mí en el matorral de enebro, y poco después sentí que algo me tocaba y me levantaba. Quería gritar, pero no podía, la voz estaba como congelada. Por miedo y angustia mantuve los ojos bien cerrados. También manos y pies estaban como paralizados, no podía moverlos. Tenía calor, y me parecía como si toda la montaña se balanceara conmigo.

Cuando volví en mí y desperté, aún era de noche, pero estaba en la puerta de la casa de mi padre, y el perro de la cadena ladraba furiosamente. Una figura me había deslizado sobre la nieve pisada, luego golpeó con el codo con fuerza en la puerta y se alejó a toda prisa. Había reconocido a esa figura. Había sido *"La Figura de Musgo"*

La puerta se abrió, y mi abuela se abalanzó sobre mí con las palabras:

*"¡Jesucristo, ahí está!"*

Me llevó a la habitación caliente, pero de allí rápidamente de vuelta al vestíbulo; allí me sentó en un abrevadero, luego salió corriendo ante la puerta e hizo unos silbidos penetrantes.

Estaba completamente sola en casa. Cuando el capataz había vuelto de la iglesia y no me había encontrado en casa, y cuando tampoco los otros llegaron y yo no estaba con ninguno, se fueron todos hacia el bosque y al valle y al otro lado hacia la carretera y en todas direcciones. Incluso mi madre había ido con ellos y había gritado mi nombre por todas partes, donde iba y estaba.

Después de que mi abuela creyó que ya no podía ser perjudicial para mí, me volvió a llevar a la cálida habitación, y cuando me quitó los zapatos y las medias, estos estaban completamente pegados y casi congelados a mis pies. Luego volvió a salir afuera y silbó otra vez un par de veces y luego entró con un cubo de nieve y me puso con los pies desnudos en esa nieve. Cuando estuve en la nieve, sentí en los dedos de los pies un dolor tan fuerte que gemí, pero mi abuela dijo:

*"Eso está bien, si tienes dolor; quiere decir entonces no se te han congelado los pies"*.

Poco después, el amanecer brilló a través de la ventana, y entonces la gente fue llegando a casa poco a poco, pero al final llegó mi padre, y por último, cuando ya el disco rojo del sol se elevaba sobre las montañas y mi abuela había silbado innumerables veces, llegó mi madre. Fue a mi

camita, en la que me habían metido y junto a la cual estaba sentado mi padre. Estaba completamente ronca.

Dijo que ahora debía dormir, y cubrió la ventana con un paño, para que el sol no me diera en la cara. Pero mi padre opinó que aún no debía dormir, él quería saber, *¿cómo me había alejado del mozo sin que él se diera cuenta, y por dónde había andado?*

Conté de inmediato cómo había perdido el sendero, cómo llegué al páramo, y cuando conté de la luna y de los bosques negros y del rumor del viento y del precipicio de roca, entonces mi padre dijo en voz baja a mi madre:

*"Mujer, digamos jalabado y gracias a Dios, de que esté aquí, ha estado en la pared de Troll!"*

Después de estas palabras, mi madre me dio un beso en las mejillas, como rara vez hacía, y luego se cubrió la cara con el delantal y se marchó.

*"Sí, tú, rapaz del trueno, ¿y cómo has vuelto a casa?"*, me preguntó mi padre.

Entonces le dije que no lo sabía, que después de un largo sueño y balanceo, de repente estaba ante la puerta de la casa y que *"La Figura de Musgo"* estaba a mi lado. Mi padre me preguntó una vez más sobre este hecho, pero respondí que no podía decir nada más concreto al respecto.

Entonces mi padre dijo que él iría a la iglesia al servicio solemne, porque hoy era el día de Navidad, y que yo debía dormir.

Debí dormir muchas horas, porque cuando desperté, afuera era ya anochecer, y en la habitación estaba casi oscuro. Junto a mi cama estaba sentada mi abuela, cabeceando, y desde la cocina oía el crepitar del fuego del fogón.

Más tarde, cuando la gente estaba sentada a la cena, también se invitó a la *"La Figura de Musgo"* en la mesa.

En el cementerio, sobre el túmulo de la tumba de su marido, ella había estado agachada durante el servicio matutino, entonces después de la misa mayor se acercó a ella mi padre y la llevó a nuestra casa.

Sobre el suceso nocturno no se pudo sacar más de ella, salvo que había *"buscado al Niño Jesús"* en el bosque; luego fue una vez a mi cama y me miró, y yo le tuve miedo a su mirada.

En la planta trasera de nuestra casa había una habitación, en la que solo había enseres viejos e inútiles y muchas telarañas.

Esta habitación se la dio mi padre a la *"La Figura de Musgo"* para vivir y le puso una estufa, una cama y una mesa.

Y se quedó con nosotros. A menudo aún vagaba por los bosques y traía musgo a casa, luego salía de nuevo hacia la iglesia y se sentaba horas en el túmulo de la tumba de su marido, del cual ya no podía alejarse para ir a su lejana región, en la que probablemente también habría estado sola y sin hogar como en todas partes. Sobre sus circunstancias no se pudo averiguar nada más

concreto, sospechábamos que la mujer había sido una vez feliz y segura y en pleno uso de su razón y que el dolor por la pérdida del esposo le había arrebatado el juicio.

Todos la queríamos, porque vivía tranquila y conforme con todo y no causaba el más mínimo daño a nadie. Solo el perro de la cadena seguía sin querer hacerle las paces, ladraba y tiraba con extrema violencia de la cadena, siempre que ella cruzaba el prado. Pero el animal lo hacía con otra intención; una vez, cuando la cadena se rompió, el perro se lanzó hacia la mujer, saltó lloriqueando sobre su pecho y le lamía las mejillas.

Entonces llegó un día, en los últimos días del otoño, en los que la *"La Figura de Musgo"* estaba sentada casi ininterrumpidamente en el túmulo, un tiempo en el que nuestro perro, en lugar de ladrar alegremente, aullaba durante horas, de modo que mi abuela, que ya se había vuelto achacosa, dijo:

*"Mira, pronto morirá alguien por aquí, porque el perro aúlla tanto; ¡que Dios le dé consuelo!"*

Y al poco tiempo la *"La Figura de Musgo"* enfermó, y cuando llegó el invierno, murió.

En sus últimos momentos, aún sostenía de la mano a mi padre y a mi madre y pronunció las palabras:

*"¡Que Dios os lo pague mil y mil veces, hasta el cielo arriba!"*

Aportación de La Comunidad de Cristianos